

EL MUTILADOR

Un crítico literario (y sin embargo amigo; como por gracia se dice) me recomendó el otro día la novela de un escritor norteamericano, hijo de inmigrantes judíos: Herbert Gold. Es una historia que el autor hace de su padre -la novela se titula «El padre»-, pero también, y quizá más, de sí mismo. Quede dicho aunque sea de pasada, pues esto no es una crítica, que en las páginas del libro alienta un escritor de verdad, hábil en alternar el estilo más rápido y directo con medidas morosidades poéticas.

Hay una especie de sexto sentido en el lector de un libro. No sólo por la marcha de la trama: incluso la sensación táctil de los dedos de la mano puede advertirnos, al pasar las hojas, de que estamos llegando al final. Yo me adelantaba ya a sentenciar «El padre» como una novela amable y positiva de la que me quedaría el conocimiento de una familia, una más en la peripecia de echar raíces hacia el generoso suelo americano. Pero en las penúltimas hojas, de repente, sobreviene un salto atrás, a los oscuros bosques de un horror que puede volver mañana, y por esto en el libro se llama «epilogo y comienzo». No son más de cuatro o seis páginas, pero yo he tenido que olvidar al padre y al hijo, y a los inmigrantes, y a Norteamérica, para quedarme con el viejo abuelo que en la vieja Rusia «no vio todo lo que debería haber visto del siglo XIX y del XX porque sólo tenía un ojo». Me gustaría saberlo contar.

En principio, el asunto no es cosa del otro jueves, por desgracia. Como que se trata de la persecución de los inermes por un poderoso, ciego y sordo a la sangre y al llanto. El poderoso de tal ocasión se llamaba Zar y las víctimas eran los judíos. A aquellas alturas del siglo XIX ya se habían ganado muchos derechos del hombre (si es que cabe ganar lo que nos es propio), pero una edad oscurísima contaba aún sus años despaciosos en los pueblos del Cáucaso, de Crimea, de Ucrania. En resumen, nada nuevo bajo sol empedernido de la Historia.

Pero lo que aquí nos pone en carne viva no es la crueldad del tirano, sino la tremenda contestación de los perseguidos. (He dicho el calificativo con naturalidad, y ahora pienso en el tremendismo literario.) Para arreglar el problema racial, el Zar llamaba a los judíos varones, niños todavía, a un servicio riguroso... de veinte años de duración. Entregarlos a la recluta, era perderlos sin remedio. Porque raramente podrían sobrevivir. Y si por azar sobrevivían, sus almas volverían inútiles para la religión

verdadera, habitando cuerpos profanados, vientres ahítos de manjares prohibidos e impuros. El remedio estaba, pues, en el mutilador. Un menester respetado. Las comunidades tienen el deber de respetar sobre los demás aquellos oficios poco simpáticos pero reputados como necesarios: el sepulturero, el carcelero, el verdugo, el recaudador... El mutilador, sencillamente, se encargaba de elaborar inútiles totales. Llegaban los niños y sus familias. En fila. Con orden. Los niños estaban asustados. Las mujeres estaban asustadas. Los hombres hoscamente apuraban su tabaco. Luego, a la hora de la verdad, los niños se entregaban con un valor que reforzaban las madres con el suyo, y eran los hombres quienes lloraban: Y todavía no es la cumbre. La cima de esta pesadilla está en que los mandados del Zar no pasarían por el burdo expediente de todo un pueblo estropeado con unanimidad, sin variación, sin fantasía. Sabían lo que pasaba. Si los judíos se destruían a sí mismos, mejor. Pero exigían que se guardasen las formas. De manera que el profesional tenía que decidir. A éste lo entuercaba o lo ensordecía para siempre con un palito, a aquél le cortaba unos tendones. «Tú serás cojo: tu hermano será manco; a tu hijo le llamarán el tres dedos hasta su último día».

De los veintitantos capítulos de la novela ya no podré acordarme nunca. Ni de su friso de personajes. Sólo del mutilador. Y no se piense que por la crudeza de sus manipulaciones, sino porque al horror se une aquí, en el más extraño maridaje, ese esfuerzo de la obligación creadora: el no repetirse, el de estrujarse el alma para inventar. O sea, lo propio del artista.

Antonio PEREIRA